



Gómez, Marcelo

Variaciones sobre dos inventos argentinos: escrache y corralito : el caso de la estrategia de guerra a los bancos del Movimiento de Ahorristas Estafados de Mar del Plata.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Gomez, M. (2009). *Variaciones sobre dos inventos argentinos: escrache y corralito: El caso de la estrategia de guerra a los bancos del Movimiento de Ahorristas Estafados de Mar del Plata. Revista de ciencias sociales*, 1(16), 125-146. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1217>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Marcelo Gomez

Variaciones sobre dos inventos argentinos: escrache y corralito

EL CASO DE LA ESTRATEGIA DE GUERRA A LOS BANCOS DEL MOVIMIENTO DE AHORRISTAS ESTAFADOS DE MAR DEL PLATA

Introducción: el “corralito” y el surgimiento de las protestas de los ahorristas

El 1 de diciembre del 2001 el gobierno de Fernando de la Rúa, a instancias del ministro de Economía Domingo Cavallo, decreta la inmovilización de los fondos depositados en cuentas bancarias con límites y restricciones a la extracción de dinero efectivo por parte del público.¹ Luego de dos años de recesión económica y ajuste fiscal, “salvatajes” financieros de los organismos internacionales de crédito, e incluso de una ley que se proponía generar confianza sancionando la “intangibilidad” de los depósitos bancarios,² el gobierno y las entidades financieras apelan a una insólita conculcación masiva del derecho de propiedad como forma de evitar la fuga de depósitos y la quiebra anunciada del sistema.³ La medida afectaba a cualquiera que tuviese depositados en los bancos una cifra mayor a la irrisoria (200\$) autorizada para extraer por semana. Además de que las trabas a la circulación monetaria significaban un crudo impacto negativo sobre el consumo y el nivel de actividad.

Las estimaciones de la cantidad de afectados sumaban los 12,3 millones entre personas físicas y jurídicas por un total de casi 70 mil millones entre pesos y dólares de los cuales el 55% corresponde a personas físicas. El 58% de las personas físicas tenían depósitos menores a los 25.000 dólares/pesos, demostrando que el impacto de la medida sobre la pequeña burguesía con baja o media capacidad de ahorro era brutal.

¹ Véase Decreto 1.570/01. Los medios de prensa y la opinión pública bautizaron inmediatamente estas restricciones al retiro de fondos como “corralito” financiero o bancario.

² Véase *Clarín*, 30/08/01. Ley consensuada por todo el espectro político y aprobada sin debate.

³ Desde el 2 de febrero hasta la imposición del “corralito” los depósitos bancarios habían caído en 18,6 mil millones entre los nominados en pesos y en dólares. Pero lo más importante es que en esos meses previos, los grandes bancos privados habían cancelado en el rubro “otras obligaciones” nada menos que 25 mil millones de dólares (Cafiero y Masllorens, 2002), operando una verdadera fuga de capitales que anticipaba la reacción posterior del público.

Luego de una década de tipo de cambio fijo, expansión de una actividad financiera con alta rentabilidad, desregulación del crédito y la inversión financiera, dolarización de la economía, baja inflación o deflación, tasas de interés reales positivas, etc., el deterioro de la situación de los bancos y la inminencia del crac no fue previsto por los analistas ni por los periodistas ni por los partidos de oposición, ni siquiera por la mayor parte de los partidos de izquierda.⁴

El “corralito” se sumaba al desempleo endémico y al incremento exponencial de la pobreza, lo que derivó en una movilización generalizada de la población, especialmente de las clases medias urbanas con su repertorio de cacerolazos. Finalmente, al comenzar a producirse saqueos a comercios y supermercados y ante la reacción gubernamental de decretar el estado de sitio, estalla la rebelión popular del 19 y 20 de diciembre del 2001 que forzó primero la renuncia de Cavallo, y luego la del mismo presidente.

Sin embargo, los cambios de gobierno sucesivos lejos de terminar los problemas para los ahorristas, recién los comenzaban. En enero del 2002 el flamante presidente interino Eduardo Duhalde amplió el carácter confiscatorio de las medidas de restricción bancaria mediante el expediente de pesificar por decreto los depósitos en dólares a un tipo de cambio muy inferior al que cotizaba en el mercado libre de cambios y, además, prorrogar las limitaciones a la extracción de efectivo convirtiendo todos los depósitos en plazos fijos sujetos a reprogramaciones de hasta tres años de acuerdo al monto.⁵ Estas medidas, llamadas popularmente como “corralón”, perjudicaban severamente a los ahorristas porque postergaban la indisponibilidad de los depósitos en todas sus formas. Especialmente perjudicaban a los depósitos en pesos ya que no reconocían los efectos inflacionarios de la devaluación, pero también a los que tenían los depósitos nominados en dólares por no reconocerles el tipo de cambio efectivo de mercado. Una escena que se repetía en todos los bancos del país mostraba a los depositantes rescatando sus depósitos pesificados por ley a un tipo de cambio de 1,40 pesos por dólar, y en la ventanilla de al lado, el mismo banco vendiendo la moneda norteamericana a un tipo de cambio que llegó a rozar los 4 pesos.

Las reacciones indignadas a estas medidas fueron de carácter inmediato y podría decirse que aluvional. A los incidentes que individual y espontáneamente protagonizaban cotidianamente los ahorristas en todas las sucursales bancarias del país atestadas de larguísimas filas (griteríos, insultos, llantos, intentos de agresión, rotura de vidrios, etc.) se le sumaron una suerte de “estrategias individuales de protesta” que tuvieron un impacto importante en los

⁴ Es asombroso que en julio de 2001, en el marco de la Asamblea Nacional de Organizaciones de Desocupados (conocidos popularmente como “piqueteros”) se aprobó un documento donde se advierte la crisis financiera y se pronuncia por una “inmediata nacionalización de la banca”. Los desocupados parecían tener más en claro hacia dónde marchaba la economía que el conjunto de los académicos, funcionarios, consultores y periodistas especializados.

⁵ Véase Ley 25.561, Decretos 141 y 214/02 que forjaron lo que popularmente se conoció como “corralón”.

medios de comunicación: apenas decretado el corralón, un plomero se presentó en sombrilla y traje de baño en el banco junto con su familia “porque no podía irse de vacaciones ya que el banco no le entregaba su dinero”, otros se negaban a retirarse del banco sin la devolución de sus depósitos, y hasta una anciana roció partes de su cuerpo con alcohol y se prendió fuego dentro del banco, en consecuencia tuvo que ser hospitalizada.

La cobertura mediática del “clima en los bancos” y la ansiedad de los ahorristas de asesorarse y descargar su angustia motorizaron el proceso de agrupamiento y organización. Se sucedían febriles toda clase de convocatorias y reuniones de esclarecimiento en bares y puntos de encuentro de las zonas bancarias. Se presentaron en pocos días decenas de miles de recursos de amparo contra los decretos, y finalmente, al mes del corralón, una impactante cantidad de perjudicados comenzó a marchar hacia la zona bancaria del microcentro porteño⁶ bajo el grito de “Chorros, chorros, chorros, devuelvan los ahorros”. El heteróclito grupo de ahorristas de clase media (jubilados, amas de casa, oficinistas, profesionales, y hasta algunos trabajadores despedidos con sus indemnizaciones atrapadas, etc.) empezaron a creer firmemente que los meros recursos jurídicos y los pacíficos cacerolazos eran inocuos sin presión política y de la opinión pública sobre bancos y autoridades. Así, comenzaron a adoptar el “escrache” agresivo a los bancos como modalidad de protesta. Pintadas, huevazos, rotura de vidrieras, de cajeros, bloqueos de entradas, intentos de tomas de bancos, roces con la policía, algunos detenidos y procesados, etc. Los bancos comenzaron a “blindarse” cubriendo sus fachadas completas con chapones que los ahorristas golpeaban con ahínco haciendo un ruido atronador. Sin embargo, la cobertura mediática de las protestas ante los bancos se reduce drásticamente, quitándole repercusión a la misma.⁷

En tiempo récord los ahorristas se nuclearon en asociaciones civiles y tenían sus reuniones y grupos estables de activistas y organizadores que difundían, asesoraban y convocaban a protestar.⁸ Hasta empezó a publicarse *La Gazeta del Ahorrista*, inspirada en la lucha legal pero que permitía también acelerar el proceso de organización para la protesta. Por otra parte, la intervención de los letrados y los vínculos con colegios profesionales de abogados, inmediatamente permitió armar una estrategia de lucha judicial basada en el pedido de inconstitucionalidad de la ley y en una medida precautoria que devolviese el dinero a sus propietarios (“amparos”). Algunos jueces comenzaron a conceder los amparos con lo que se abría una luz de esperanza que realimentaba la participación en las protestas. En La Plata, Bahía Blanca, Córdoba, Rosario, Bariloche, se conformaron grupos que comenzaron a realizar cacerola-

⁶ La primera marcha el 29/01/02 que recorrió el microcentro con cacerolas y golpeando las vidrieras de varios bancos, fue de apenas 70 personas. Pero la rutina semanal de hacer una movilización todos los días lunes los llevó rápidamente a 300, 600 y posteriormente a realizar convocatorias a actos donde llegaron a participar hasta 15 mil personas.

⁷ Los medios se concentraron en los piquetes o cortes de rutas de los movimientos de desocupados, y sobre todo en las asambleas barriales que enarbolaban la consigna: “Que se vayan todos”.

⁸ Surgieron dos organizaciones que llegaron a tramitar su personería jurídica: ABAE (Ahorristas Bancarios Argentinos Estafados) y AARA (Asociación de Ahorristas de la República Argentina). Pero más allá de la pertenencia formal a estas asociaciones civiles, las convocatorias para organizar y accionar eran conocidas como el “grupo de Florida y Diagonal” y “el grupo de Callao” que se reunían regularmente en esos lugares y que ya mostraba hasta diferencias de modalidad: los primeros con un sesgo más combativo y apelando a la acción directa de “escrache” a los bancos, y los segundos con una orientación hacia formas convencionales de presión (petitorios, cadenas de mails, presentaciones judiciales, audiencias con jueces y funcionarios, etc.). A tal punto fue la vorágine de la organización colectiva que se conformó un comité de bonistas, no depositantes, es decir inversores importantes no tanto afectados por el corralito o el corralón, sino más por el default de los títulos públicos.

zos, a impulsar la presentación de amparos judiciales y a coordinar medidas de protesta, redactar documentos o comunicados, buscar apoyo en jueces y autoridades locales, etcétera.⁹

Los ahorristas estafados de Mar del Plata: un enigma sociológico

Pero fue en la ciudad turística de Mar del Plata donde la experiencia de lucha de los ahorristas tuvo características auténticamente sorprendentes en materia de repertorios de lucha, estrategias utilizadas, perduración en el tiempo y resultados finales.

La experiencia de lucha de los ahorristas estafados marplatenses tiene varios aspectos significativos sobre los que no se ha reparado entre las investigaciones y los analistas de la movilización social post 2001. La sorprendentemente escasa presencia de estudios sobre los ahorristas ya ha sido señalada por M. Svampa (2006), a lo que habría que agregar el hecho de que el interés por los ahorristas se haya circunscripto a temas de subjetividad y representaciones sociales.¹⁰

El caso particular del Movimiento de Ahorristas Estafados de Mar del Plata (MAEMP) es un verdadero jeroglífico sociológico dadas las características de sus bases y la escasez de condiciones favorables para la organización y la movilización colectiva. Las bases del movimiento –los descontentos incautados por las medidas bancarias– carecen de los más elementales espacios sociales comunes: no compartían previamente ni lugar de trabajo, ni lugares de residencia, ni estilos de vida o convicciones ideológicas de cualquier tipo. La disparidad de condiciones sociales y el desconocimiento entre los damnificados se erigió en un obstáculo poco menos que insalvable para el surgimiento de acción colectiva en un sentido aun más agudo que el que había llevado a Bourdieu a calificar de “milagro sociológico” a la organización y las protestas de los desocupados. En Mar del Plata este hecho se agrava por las características etáreas de los damnificados por “el corralito”: edades avanzadas, gran cantidad de jubilados y personas con problemas de salud, y poquísimos antecedentes de participación en protestas o conflictos, es decir, eran personas “vírgenes” desde el punto de vista de la participación en protestas. De los tres miembros iniciadores líderes, solamente uno tiene una experiencia de participación estudiantil durante el conflicto de “laica o libre” y de todos los entrevistados solamente uno tiene experiencia de participación en el sindicato de patronos de mar. El punto de partida común de los integrantes del movimiento ha sido el mínimo hecho de ser “clien-

⁹ La estrategia judicial de los bonistas y ABAE llegó incluso a internacionalizarse con presentaciones a la CIDH de la ONU, al ONU, y hasta la justicia norteamericana y española.

¹⁰ Los estudios sobre la movilización de las clases medias desatada con la crisis del 2001 muestran un notorio desbalance entre los análisis del fenómeno asambleario y la casi ausencia de estudios de los ahorristas. Los análisis de Battistini (2002) y Cafassi (2002) y el trabajo de M. Cafiero (2002) sobre el corralito no incluyen sino episódicamente referencias a las luchas de los ahorristas. Zibechi (2003) casi no los considera en su genealogía de la revuelta. Hemos accedido vía internet a un par de tesis de posgrado (Schillman, 2004) y una ponencia para un congreso (Smulovitz, 2003). También existen abordajes de las desventuras del corralito, desde la sociología de la cultura de las clases medias, la construcción del sentido moral, etcétera (Zenobi, 2006).

tes” de un mismo banco, de mantener una relación de tipo comercial fuertemente anónima con una entidad financiera. Es notable la virtual inexistencia de contextos de micromovilización o una textura de relaciones sociales preexistentes que pudiese propiciar la organización y la acción colectiva.¹¹ Esta enorme dificultad ya se había manifestado en el pasado sobre todo en el antecedente de diciembre de 1989 con el llamado Plan Bonex por el cual se realizó un canje compulsivo de depósitos en los bancos por bonos públicos devaluados sin que se generasen ninguna clase de protestas o incidentes y mucho menos organizaciones de damnificados.

El MAEMP asume un carácter estrictamente reivindicativo: el único lazo de inicio que los une es ser “víctimas” de una determinada decisión de los poderes financieros y políticos. En este sentido, podría darse una aproximación a los movimientos de víctimas de accidentes de tránsito, de catástrofes evitables como Cromagnon, etc., con la salvedad de que mientras en estos las reivindicaciones de justicia asumen una fuerte dimensión simbólica y emotiva, en el caso de los depositantes asume una concreta y tangible forma de interés económico particular, aun teniendo en cuenta que el significado particular de dichos fondos podía diferir enormemente en cada caso (desde la posibilidad de comprar remedios en un momento que muchas obras sociales habían suspendido su atención, hasta realizar operaciones inmobiliarias o comerciales de gran envergadura).

Pero quizás el principal elemento distintivo e innovador de este movimiento ha sido sin duda la radicalización de los repertorios utilizados, el uso de formas atenuadas y estetizadas de violencia en los escraches, las variaciones de la parodia y, sobre todo, el carácter prolongado en el tiempo y sostenido en términos de intensidad de la lucha. Las variaciones introducidas en el uso del formato de escrache/boicot a los bancos y su prolongación y frecuencia (hasta dos veces semanales durante casi tres años) ameritan de por sí un análisis detallado de este proceso de lucha.

En este artículo vamos a analizar algunas de las características asumidas por las acciones y las formas de organización del MAEMP, tanto desde el punto de vista de la naturaleza estratégica del uso del escrache, como de las formas de interpretación o enmarcamientos de sentido puestos en juego por sus protagonistas.¹²

Emergencia y desarrollo de la acción colectiva como estrategia

El análisis de la experiencia de lucha de los ahorristas marplatenses reconoce una serie de procesos que pueden agruparse en etapas,

¹¹ Según las formulaciones clásicas de la teoría de la movilización de recursos (Craig Jenkins, 1994; Neveau, 1999) estos serían prerrequisitos importantes para explicar la acción colectiva. Ni “cat-ness” (pertenencia a una categoría estructural) ni “net-ness” (pertenencia a una comunidad o a una red de vínculos asociativos de carácter electivo o voluntario) según la célebre fórmula de Tilly (1978). Los ahorristas compartían la débil categoría de “jubilados” y no mucho más que una pertenencia simbólica como “vecinos” marplatenses.

¹² Se utilizan como fuentes diversos relevamientos realizados en el marco del PICTO “Transformaciones de la relación entre acción colectiva contestataria, Estado y régimen político en la Argentina”, dirigido por E. Villanueva con sede en la UNQ. Se realizaron 14 entrevistas semiestructuradas a miembros del MAEMP, tres entrevistas a ahorristas no miembros, cuatro entrevistas a empleados bancarios, dos entrevistas a dirigentes sindicales bancarios, dos entrevistas a jueces, dos entrevistas a empleados judiciales, y dos entrevistas a jefes policiales. Además se analizaron escenas de 42 protestas filmadas por canales de televisión locales y Crónica TV entre 2002 y 2004.

no tanto delimitadas cronológicamente de manera precisa, sino por los rasgos que fueron dominando el desarrollo de las acciones colectivas: 1) una etapa de incubación con las primeras reacciones individuales, es decir, previas a la protesta colectiva; 2) una etapa de gestación y de lanzamiento inicial de la acción colectiva desafiante; 3) una etapa de modulación estratégica de las acciones de acuerdo a las reacciones y respuestas de los antagonistas; 4) una etapa de declinación y cierre de la experiencia.

Reacciones iniciales

Luego del estupor inicial, los entrevistados miembros fundadores del movimiento coinciden en que las primeras reacciones a las medidas de restricción bancaria de diciembre del 2001, obedecían a la creencia de que se trataba de una medida pasajera y las quejas eran canalizadas con mayor o menor nerviosismo a los mostradores de los bancos. Fueron dos series de hechos los que detonaron la precipitación de muchos damnificados a la acción. El primero, las medidas de Duhalde, “el corralón” combinado con devaluación, y el abandono de la promesa de devolución de los depósitos en la moneda de origen. El segundo, las sórdidas estrategias de la casi totalidad de las entidades bancarias que optaron por retacearles atención e información a los clientes, usando una política de rotación de personal por la que los damnificados eran atendidos repentinamente por extraños para no obtener ninguna respuesta. Las evasiones y en muchos casos el maltrato constituyeron detonantes generadores de indignación: “hacían esperar varias horas parados a los abuelos”, “a uno una vez no lo dejaron ir al baño”, “los gerentes se negaban a atender a la gente, muchos ni siquiera eran los mismos, eran nuevos”, “no tenían ninguna respuesta acerca de cuándo ibas a disponer del dinero”, “apenas uno levantaba un poco la voz ya se acercaban los de seguridad del banco o la misma policía”, etcétera.

Las medidas de bloqueo de los depósitos fueron presentadas como hechos consumados. La actitud de gerentes, jefes y personal de atención al público tendía a maximizar este efecto buscado de “situación cerrada”. Incertidumbre y malos tratos¹³ explican la precipitación de varios ahorristas a la acción: el “algo hay que hacer” empezó a circular en las colas de los bancos, en las esquinas y bares del microcentro.

Al pasar las semanas e incrementarse la incertidumbre, los malos tratos, y evasivas se registran dos reacciones: a) surgen autoconvocatorias espontáneas en las filas mismas de los bancos, y aparece una solicitada en un diario y un aviso radial para concurrir a una reunión

¹³ Los malos tratos en los bancos constituyeron una “cognición caliente” (McAdam *et al.*, 1999) en el sentido que hizo evidente que no se trataba de una medida circunstancial por una emergencia, y que empezaba a ser vivido como un abuso y un despojo intolerable.

general en el auditorio del Centro Gallego de la ciudad. Esta primera reunión general de fines de enero del 2009 fue convocada por un médico psiquiatra de una localidad del interior de la Provincia de Buenos Aires que estaba veraneando en Mar del Plata. Esta convocatoria fue muy numerosa pero tenía un carácter informativo, los abogados proponían cursos de acción legal (amparos) y transmitían información. Pero, según varios de los testimonios recogidos, este psiquiatra (es revelador que todos se acordaban de la profesión pero no con certeza del nombre o el apellido) es el primero en advertir: “Esto no va a ser como el Plan Bonex, esto viene en serio, las medidas legales no alcanzan, si no salimos a pelear, nos comen”, contaba Juan Carlos, uno de los líderes iniciadores. Pero Alicia recordaba que ella misma y muchos otros estaban en contra de la idea de que “había que salir a protestar”, e incluso que “algunos decían nosotros no somos piqueteros” y que abuchearon a algunos oradores; b) se registran diversos incidentes o “acciones heroicas individuales” que al trascender de boca en boca también estimulan al resto a agruparse. Según los testimonios una abuela le pega un cachetazo a un gerente, un jubilado se niega a retirarse de la oficina de un gerente sin llevarse su dinero y lo tienen que llevar al patrullero, un muchacho entra pateando la puerta a la oficina del directorio de la sucursal, se multiplican los insultos y discusiones con los empleados bancarios, etc. Durante algunas noches se registran roturas de vidrieras de bancos que son tiroteadas con armas de fuego o pintarrajeadas. Estos hechos que parecen marginales tienen importancia para resolver el dilema del rebelde¹⁴ en la medida en que se convierten en señales que indican una alta predisposición latente a participar en la lucha, lo que a su vez refuerza la voluntad de luchar entre quienes están dubitativos. El hecho de que a la primera reunión se hayan juntado tantas personas (1.500 arriesgaron algunos) fue señalado unánimemente como una sorpresa y un importante estímulo para que al menos un grupo inicial de unos 100 quisiera seguir reuniéndose con voluntad de organizarse y actuar.

Las acciones iniciales

Las primeras tímidas formas de protesta son decididas en esas reuniones informativas a mediados de febrero de 2002. Mucha gente tenía una resistencia y prejuicios muy arraigados respecto de la protesta pública por lo que los entrevistados recuerdan que en las primeras no se llegaba a una veintena de personas que se limitaban a cantar la consigna “Chorros, devuelvan los ahorros” en el frente de algunas entidades. Muchos ahorristas mantenían una distancia prudente de los acontecimientos desde la vereda de enfrente. Pero

¹⁴ Según algunos planteos novedosos basados en las teorías de la elección racional, las expectativas de que los demás van a luchar no supone automáticamente el efecto “free-rider”, es decir dejar que los demás luchen y aprovechar los beneficios del eventual éxito sin exponerse a los riesgos de la lucha. La predisposición de cada uno a la lucha depende de varios factores entre ellos los costos de la pasividad, que es distinto para distintos grupos, y también de la tolerancia a los costos de la lucha, la valoración de beneficios simbólicos más allá del éxito concreto, etc. (véanse Elster, 1993, y Lichbach, 1997).

la respuesta de los bancos motorizaría rápidamente una dinámica de radicalización. Los directivos no recibían a los manifestantes ni los dejaban entrar a los locales ni siquiera para realizar trámites bancarios comunes y, por si fuera poco, llamaban a la policía que empezaba a aparecer generando gran indignación. Así es que de las primeras expresiones “pacíficas” que fueron seis o siete marchas en febrero se pasa al cacerolazo, los huevazos y a golpear las vidrieras. Todos coincidían en que la canalización de la bronca les había hecho muy bien y que había que seguir. “Después de la primer marcha que participé que tiramos huevos, pude dormir esa noche”, dirá Basilio uno de los primeros participantes. En las reuniones comenzaba a aparecer la idea de que “por gritar no nos van a dar ni la hora” y se proponía la estrategia de “no dejarlos en paz”. Sobre esta base se aceptó la idea de que se “hagan recorridas” por la zona bancaria esgrachando por algunos minutos varios bancos. En una de esas recorridas varios manifestantes habían llevado verduras y frutas podridas para tirar. Pedro, uno de los iniciadores y líderes del incipiente movimiento tira una sandía a una vidriera del Banco del Trabajo que ya estaba rota y la policía que hasta ese momento se había mantenido expectante limitándose a impedir que los manifestantes se acercaran a las vidrieras de los bancos, interviene para llevarlo detenido lo que genera la inmediata reacción de todos los presentes que tratan de impedir que se lo lleven, se producen forcejeos y finalmente la manifestación se traslada hasta la comisaría céntrica y permanecen allí hasta que es liberado. En este hecho tenemos un primer intento de control represivo de la protesta por parte de los aparatos del Estado mediante una estrategia de “disuasión” utilizando la persecución judicial: el detenido es procesado y varias veces tiene que ir a declarar, la policía busca testimonios en el barrio de residencia del procesado que permitan incriminarlo de algo, etc.¹⁵ “Muchos manifestantes de ese entonces dejaron de venir por miedo a ir presos”, recordaba Pedro, el mismo detenido. Según un jefe policial entrevistado, las primeras órdenes eran “liberar la entrada y salida, impedir las tomas de bancos y prevenir la infiltración de la protesta por parte de activistas y piqueteros [sic] evitando la confrontación física”. Los bancos comienzan a instalar chapones sobre las vidrieras y entradas y la policía comienza a instalar vallas en algunos bancos para que los manifestantes no pinten las fachadas.

¹⁵ La elección del detenido no fue arbitraria, según los testimonios recogidos, la policía no detuvo al verdadero responsable de la rotura de la vidriera y sí detuvo al que era uno de los “cabecillas” visibles y organizadores. En este sentido se trata de una represión blanda, legal, selectiva, y preventiva en términos de D. Della Porta (en Mc Adam *et al.*, 1999) que busca amedrentar y desincentivar la participación en la protesta persiguiendo a los líderes visibles de la misma, y tratando de evitar costos de opinión pública para las autoridades.

La maduración del esgrache como “estrategia” de guerra

Las protestas rápidamente asumen formas agresivas. La necesidad de desahogo individual se combina con la certeza de que sin “hacer

mucho quilombo” no iba a haber ninguna respuesta. La amenaza del fiscal y la policía de procesamiento por “daños” a la propiedad privada fue tomada muy en cuenta y se decidió “no romper” nada. “No éramos como los de capital que iban a las puertas y trataban de romper todo... nosotros pensábamos qué era lo que más convenía sin arriesgarnos”, decía Juan Carlos. Así es que los principales impulsores de la protesta “nos desvelábamos pensando qué maldades hacer para torcerles la mano a estos h... de p...”, decía Jerónimo. “Basilio me llamaba a las 2 de la mañana para contarme que se le había ocurrido hacer esto o lo otro...”, recordaba Juan Carlos. Poco a poco los escraches de ruido, pintadas en vidrieras y eventualmente huevos o fruta podrida, se convierten en una suerte de pesadilla para empleados, policías y clientes de los bancos escrachados: la idea era no solo ensuciar sino “hacer que los bancos no puedan trabajar”, “si nosotros dejamos de trabajar para luchar por lo que es nuestro ellos también van a tener que dejar de trabajar”, “tenemos todo el tiempo del mundo para amargarles la vida”, decía la esposa de un ahorrista.

Las marchas empezaron a estar numeradas por pancartas lo que anunciaba la decisión de sostener la lucha en el tiempo como elemento adicional de amedrentamiento: la pulseada por la capacidad de resistencia al desgaste es un elemento central en la generación de “efectos de incertidumbre” en escenarios de confrontación aguda (Tarrow, 1997). En ese punto el escrache se empieza a convertir en una estrategia de boicot, no es que se intenta solo “peticionar”, “expresar” el agravio y la injusticia a la opinión pública, desahogar la bronca, sino que comienza a ser pensado y organizado para obstaculizar, impedir o sabotear el normal funcionamiento de las entidades bancarias. Se decide dejar de lado los escraches breves itinerantes y hacerlos en una o dos entidades por vez pero prolongados e intensos. Se utilizan varias modalidades generalmente combinadas: desde el bloqueo de la entrada al banco, el intento de “toma” del banco para hacer un cacerolazo dentro del mismo, el “cierre” simbólico del banco “alambrando” la puerta de entrada, el “oscurecimiento” del banco pintando o tapando con papeles todos los ventanales y, finalmente, hacer insalubre el local vertiendo toda clase de porquerías en la puerta o hall de entrada: bosta animal, basura domiciliaria, restos industriales putrefactos de frigoríficos, pescaderías, leche cuajada, sangre, verduras, aceite de motor quemado, etc., de manera tal que no puedan abrir la puerta por el olor insoportable y la suciedad. Testimonios de empleados bancarios recuerdan que algunos compañeros “vomitaban en los baños o se descomponían... alguno vomitó hasta en el mismo mostrador”, “el banco tenía que pagar empresas de limpieza y aun así el olor

al otro día era insoportable”, “una vez el banco no pudo abrir por un día entero”, “muchas compañeras temían ser agredidas y tenían crisis de llanto y ataques de pánico”.¹⁶ El “sabotaje” a los carteles de cada banco, la satirización del nombre del banco fue también un recurso generalizado y muy impactante para los directivos bancarios. Un delegado sindical bancario nos decía que el gerente de la sucursal del Banco Río no se molestaba tanto que pintaran y ensuciaran como se desesperaba cuando sobre el cartel del banco pintaron: “Me RIO de la gente”. En el Boston lo reemplazaban por otro: “Bosta Bank”; en el HSBC “Hediondo Sistema Bancario Corrupto”; en el Citi “Citiquedan con tus ahorros”. La aparición de algunos cronistas de medios europeos (holandeses, franceses, españoles) llevó también a que muchas pancartas se escribieran en inglés denostando los nombres de los bancos extranjeros.

Este tipo de escraches comenzó a tener una fuerte cobertura en los medios lo que motorizó una mayor participación de gente en los escraches como espectadores (“se paraban los autos para ver”, “bajaba la gente de los edificios”, “nos aplaudían”). Los activistas del movimiento eran seguidos desde la vereda de enfrente por centenares de curiosos que los vivaban y aplaudían. También intimidaba a algunos directivos que comenzaron a escuchar reclamos y recibir petitorios, incluso algunos gerentes hasta llegaron a salir y tratar de hablar con los manifestantes. Pero sobrevinieron toda una serie de nuevos desafíos para el movimiento: decidido rechazo de los empleados bancarios, intervención de fiscales y nuevas órdenes de control de la policía, roces con clientes particulares que muchas veces quedaban “entre dos fuegos” y no podían a veces ni siquiera salir de los locales bancarios. Hacia mayo de 2002 las instrucciones de los fiscales para la policía consistían en no dejar acercarse a las puertas, mantener una distancia de un par de metros, prohibir golpear instalaciones y pintar o ensuciar. La policía advertía con antelación a los manifestantes que si no acataban estas condiciones podían ser detenidos. La guardia de infantería con su presencia intimidante se hacía presente en algunos operativos poniendo en contraste un grupo de medio centenar de cabezas canosas y mujeres pertrechadas con cucharas y cacerolas con los guardias con sus bastones y escudos delante de la puerta de los bancos. Es en este punto en que la lucha se comienza a plantear de manera estratégica: los integrantes del movimiento comienzan a evaluar alternativas de acción que sin exponerlos directamente a la represión permitan proseguir las presiones sobre los bancos. Además ahora aparecía el aliciente de que el Juzgado Federal de Mar del Plata comenzaba a conceder tímidamente los primeros amparos presentados por ahorristas

¹⁶ Es especialmente dramático el testimonio de un empleado bancario del HSBC que cuenta que durante un escrache sonó una alarma de incendio en la sucursal por un problema eléctrico que estaba produciendo humo y acudieron los bomberos, pero los ahorristas no dejaron entrar a los bomberos ni salir al personal porque pensaban que era una maniobra para “desviar la atención” sobre el escrache. Solo la intervención policial permitió salvar la angustiada situación.

que obligaban a los bancos a devolver los depósitos, lo que reforzó la militancia y la participación en las protestas.

Las respuestas estratégicas a las nuevas restricciones y el control policial fueron varias: a) maniobras distractivas o evasivas para eludir el control policial: anunciar el escrache a determinada entidad e ir a otra; empezar a marchar en una dirección y luego cambiar; escrachar por sorpresa sucursales en barrios fuera de la zona bancaria céntrica. Realizar la toma de bancos por sorpresa ingresando como clientes individuales e ir ocupando los halls centrales hasta que al llamado de uno se sacan de entre las ropas pitos, altavoces y cacerolas y se comienza un cacerolazo dentro del banco ante la desesperación de la policía y la seguridad interna del banco. En una ocasión se organizó una mateada en el piso del banco y en otra ingresaron también hijos y nietos de los ahorristas haciendo una suerte de conferencia de prensa dentro del banco. b) Acatar las restricciones policiales pero reemplazarlas por medios equivalentes: “no se puede golpear vidrieras, entonces llevamos chapas o metales que arrastrábamos con sogas o sirenas que son peores”; “no podíamos pintar vidrieras, llevábamos papel de diario y pintábamos sobre el papel de diario pegado a la vidriera”; “pintábamos la vereda o tirábamos las porquerías en la vereda”, “simulábamos que poníamos bombas” que eran unas pelotas de telgopor pintadas con una mecha que tenían petardos adentro. c) También comenzó una suerte de “modus vivendi” con los jefes policiales de los operativos: “La relación con la policía comenzó a ser buena, nos pedían que alternáramos una marcha ‘liviana’ con una ‘pesada’ para no tener que convocar operativos de mayor envergadura y que mientras no hubiera daños a la propiedad privada no tendrían que intervenir... La policía a veces hablaba con alguno de nosotros y nos pedían que ‘calmemos’ a alguno de los más exaltados”, testimonia Pedro. d) Se comenzaron a escrachar a los gerentes en sus domicilios particulares que realizaban maniobras para no cumplir con los oficios judiciales de amparo concedidos por la Justicia o que persistían en no dialogar o recibir petitorios para resolver los casos más urgentes: personas enfermas, de edad muy avanzada, etc. Los escraches domiciliarios fueron muy conmocionantes. En algunos casos se llegó a la malicia de escrachar el día del cumpleaños del gerente con los ahorristas disfrazados con gorros, pitos, matracas y una torta. Aunque no se realizaron actos de violencia, se pintaban veredas, se hacían “maldiciones” públicas, se dejaban “cruces de sal” en la puerta de la casa, se pintaba el nombre del gerente y la leyenda “asesino”. Los escraches eran difundidos por la televisión local que daba el nombre y apellido del gerente. La efectividad de esta medida no se hizo esperar: algunos gerentes no solo comenzaron a recibir a los

ahorristas sino que hasta cumplían con los amparos. Otros como el del Citi Bank fueron trasladados de sucursal por el mismo banco y otros pedían el traslado. Uno de los escraches personales más espectaculares fue el de una gerente del Galicia que se había realizado un implante estético mamario. Mediante la información brindada por alguien del personal de salud que la atendía –que también era un ahorrista estafado– les dio la oportunidad de realizar un escrache tanto en su domicilio particular como en la sucursal que dirigía disfrazando a varias de las mujeres del movimiento con “ubres de vaca” de utilería y pintaron la consigna: “Te hiciste las tetas con nuestros dólares”. La gerente fue trasladada de sucursal e incluso se mudó de la ciudad. f) La decisión de seleccionar bancos en vez de hacer escraches en serie, permitió también dar al escrache una doble función reivindicativa: por un lado presionar públicamente para una solución general pero también contemplar algunos reclamos particulares, los “casos urgentes” de carácter humanitario. Los ahorristas seleccionaban aquellos bancos que tenían alguno de estos casos y los presionaban con la idea de que si cedían resolviendo los casos urgentes “no los escrachaban más”. En varios casos esta estrategia era exitosa ya que los gerentes optaban por “sacárselos de encima” en muchos casos por depósitos de poco dinero. Este aspecto “humanitario” de la acción colectiva: la movilización de un grupo a favor del reclamo particular de algún miembro, generaba un gran sentido de la solidaridad interna. Una anécdota famosa fue la amenaza de velar al fallecido en la puerta del banco si no le pagaban a la viuda, lo que fue casi inmediatamente concedido. g) Acciones para neutralizar las maniobras dolosas de los bancos para evitar la ejecución de los cobros por mandamiento judicial de los amparos. Tanto en las entrevistas al juez Federal Dr. A. López, como al juez de Cámara Dr. Tazza, hay un reconocimiento de los medios ilícitos¹⁷ a los que recurrieron varios bancos para no cumplir con los mandamientos judiciales.

La primera reacción ante las limitaciones policiales a las protestas fueron “la marcha de las mordazas” en la que unas 150 personas “escrachaban” amordazadas con gestos y pancartas pero en absoluto silencio antes de empezar con un cacerolazo atronador. La buena repercusión llevó a profundizar esta tónica de la teatralización que culminó en una suerte de canon de escrache-parodia y de la tematización del escrache: la imposibilidad de canalizar el descontento a través de formas “agresivas” de escrache los llevó a depurar las manifestaciones y elaborar mucho más los repudios. Ya no se trataba de pensar “meras maldades” para “no dejarlos en paz”, sino incrementar su atractivo para los medios audiovisuales y la opinión pública, sin dejar de dañar la imagen de los bancos. Así cada

¹⁷ A los efectos de que el oficial de justicia encargado de ejecutar los amparos no encontrara dinero en el tesoro de las entidades bancarias, los gerentes disponían que sin registro alguno, el dinero “pernoct[as]e” en bolsas no identificadas en camiones de caudales, o que pasease por la ciudad hasta en tanto se retrasasen los funcionarios judiciales. Otras veces hacían que los empleados las ocultaran en sus ropas, y hasta en los baúles de automóviles. En una oportunidad un gerente que ocultaba en su propia casa dinero del banco, no recordaba uno de los tantos escondrijos donde lo había dejado. Ante esto los ahorristas trataban de impedir que salieran o cargaran los camiones de caudales antes de la llegada de los oficiales de justicia con los mandamientos de pago.

marcha empezó a tener un tema que vilipendia a los banqueros y las instituciones bancarias, a sus directivos, asociado a fuertísimos cuestionamientos a autoridades políticas nacionales, incorporando elementos del escenario político nacional e internacional. Las parodias eran escenificaciones que requerían disfraces, vestuario, maquetas o cierta escenografía, y todo tipo de recursos muchos de ellos de gran espectacularidad. Sorprende la enorme predisposición de gente mayor para participar en estas teatralizaciones superando el temor al ridículo y las elevadas exigencias desde el punto de vista psicofísico. Sorprende también el entusiasmo del público: hay testimonios que turistas de vacaciones que no participaban en sus ciudades de residencia se acercaban a los escraches y las reuniones de ahorristas de Mar del Plata.

La serie de parodias se prolongó durante más de un año con una creatividad y variedad de formas de realización que sorprende por la tenacidad y la frecuencia semanal. También sorprende la habilidad para combinar los motivos reivindicativos del movimiento con situaciones políticas, otros sectores sociales y hasta el contexto internacional.

Algunas de las parodias más destacadas fueron: “La chorri-ceada” donde hicieron chorizos a la parrilla en la vereda del Citi y convidaban a los transeúntes y hasta los empleados del banco y los periodistas; “Me llamo Currelito” donde marchaban en paños menores encerrados en una cerca plástica; “El bono fecal”, espectacular teatralización –con ambulancia, camilla con suero, vestimenta médica– de una operación quirúrgica en la puerta del Galicia en la cual le extraen a un ahorrista los intestinos (en realidad eran “chinchulines”) para sacarles los “bonos fecales” que eran los Letes que en ese momento Lavagna proponía como forma de cancelar las obligaciones con los depositantes; “Bin Laden no te olvides del Citi”, en la que un ahorrista con disfraz de Bin Laden desde la plataforma de una grúa portuaria le apunta al Citi con una “bazooka” y le lanza una “bomba de pintura”; “Operación Salam Hussein Tormenta de los Bancos”, donde disfrazados de militares iraquíes juzgan y condenan a fusilamiento a políticos y banqueros argentinos (el simulacro de fusilamiento incluyó sangre de utilería); “Los cavernícolas”, donde disfrazados de los Picapiedra con máscaras de Duhalde, Menem, De la Rúa, intentan entrar a un banco con un ariete que en la punta tiene la “cabeza de Duhalde”; “La gran cagada”, donde en un inodoro gigante tiraban “excrementos” con las caras de Duhalde, De la Rúa, Cavallo y Menem, y con papel higiénico desenrollado envolvían las fachadas de los bancos; “La verdulería”, donde disfrazados de verduleros colocaron cajones de fruta en la puerta del Banco Credicoop y empezaron a despachar frutas y

verduras pero bautizadas con nombres de bonos, bocones, etc.; “El remate del Banco” donde subastan al mejor postor al Banco Credicoop; “El funeral” donde marchan en silencio vestidos de luto sosteniendo un cajón con la leyenda “Sistema Bancario QEPD”; “Nos dejaron en bolas”, salen en paños menores pero asoman “huevos de avestruz” debajo de los improvisados taparrabos; “Los recién estafados”, un casamiento donde llegan a la puerta del banco en mateo y luego se baila el vals de los novios en plena avenida Independencia; “El circo”, donde el dueño del circo (también víctima del corralito) concurre con las jaulas de animales, malabaristas y zanquistas; “La crucifixión en semana santa”, donde un ahorrista en la cruz comienza a descomponerse en serio aunque al principio creen que es una actuación y terminan llamando al médico; “Los chupasangre”, con disfraces de banqueros vampiros a los que los ahorristas persiguen mostrándoles una Constitución (en vez de un crucifijo).

Para manejar también tonos dramáticos, en algunas ocasiones se conmemoraba el fallecimiento de dos ahorristas donde se colocaban fotos de los fallecidos en las vidrieras de los bancos y las viudas y familiares vestidas de negro hablaban sollozando con los periodistas.

La lógica de “no dejarlos en paz” ahora se matizaba con “si ellos no nos toman en serio, nosotros tampoco”. El escrache perdía espesor dramático y violencia pero ganaba en simbolismo, atractivo para públicos amplios y para los medios masivos. Muchas parodias se hacían en horarios arreglados con los cronistas para poder ser trasmitidos en vivo. El canal Crónica TV tenía una cobertura de lo que hacían los ahorristas en Mar del Plata mayor a la que le daban a los propios ahorristas de la Capital Federal.

La parodia y la tematización con la inclusión de críticas políticas y sociales permiten una enorme ampliación de los destinatarios de los mensajes y es la sociedad marplatense la que se ve interpelada por la protesta y a la que suma adhesión espontánea y sobre todo colaboración con las protestas: “se nos podía ocurrir cualquier cosa que decíamos: ¿qué necesitamos?, ¿a quién se la pedimos? y siempre la conseguíamos, la gente se portó muy bien con nosotros”, recordaba Pedro. Prácticamente en la sociedad y la política marplatense, incluyendo al periodismo local, no se escucharon voces críticas hacia la protesta y sus formas y los ahorristas fueron recibidos por el Consejo Deliberante, por el Intendente, y también por el Juez Federal a cargo de los pedidos de amparo y por la Cámara Federal de Mar del Plata. El intendente D. Katz apenas tuvo algún suave encontronazo por las jaulas de animales del circo en la vía pública.

Solo el gremio bancario a través de miembros de varios delegados e integrantes de la comisión directiva cuestionaban de manera cuidadosa las formas agresivas de las protestas que resultaban “riesgosas” para la integridad física y psíquica de los empleados bancarios, pero apoyando el reclamo de los ahorristas. Al principio los ahorristas emblocaban como antagonistas a los empleados bancarios, algunos les hacían gestos y los insultaban desde las vidrieras, una vez apareció un cartel: “Bancarios urgente: solicitar plan trabajar”, pero tempranamente primó la tesitura de separar a “los banqueros” de los bancarios y de iniciar conversaciones con la Asociación Bancaria para limar asperezas y no incurrir en formas de protesta que tengan riesgos para los empleados. Producto de esas reuniones se sacaron comunicados apoyando a empleados bancarios despedidos del Scotia Bank, se realizaron aplausos a bancarios que estaban en conflicto con algunos bancos y en los escraches se pedía disculpas a los empleados. Este punto es importante porque las patronales bancarias intentaron conjurar algunos escraches y, sobre todo, evitar afrontar los mandamientos de amparo, pidiéndole al sindicato que decretara paros. Así es que la idea de desviar la presión desde las instituciones bancarias y sus autoridades hacia “los empleados bancarios” y el sindicato, el ardid de apelar al “pobre contra pobre”, no dio resultados. Además el gremio comenzó a advertir a las patronales y a exhortar a los empleados que no colaborasen con las maniobras ilícitas para evitar el pago de los amparos concedidos por la Justicia.

Declive y autodisolución

La última etapa de declive de la acción colectiva viene de la mano de dos factores. Un factor decisivo era la devolución de los depósitos al salir los amparos que en forma cada vez más acelerada beneficiaba a los miembros del movimiento. Aquí claramente se ven las dificultades para resolver el dilema del rebelde y mantener la participación una vez que se alcanzan los beneficios individuales esperados. “Muchos, a medida que iban cobrando, venían cada vez menos y no se involucraban en los escraches... te daban excusas tontas si no venían y si venían se quedaban calladitos en un costado sin hacer nada”, recordaba Susana. Esto generaba gran malestar entre los que seguían participando y los que todavía no habían cobrado lo que resintió algunas relaciones interpersonales. Hacia fines del 2003 era visible una reducción en la cantidad de participantes: algunos escraches no llegaban a las 10 personas.

Otro factor contextual es el cambio de expectativas con la relegitimación electoral de las autoridades, la salida de Duhalde que era

el más odiado “enemigo” de los ahorristas y el arribo del Dr. Kirchner, a lo que hay que agregar la defraudación que había provocado la participación electoral de Nito Artaza en la UCR (líder indiscutido de los ahorristas de todo el país). Los ahorristas tuvieron una fuerte posición “anticlase política tradicional” en los escraches en la época de campaña, pero afrontaban la dificultad de que ninguna fuerza política ni candidato había incluido sus reivindicaciones en su agenda electoral. Luego de la victoria de Menem fueron a escrachar el local partidario marplatense del menemismo. A Kirchner luego de asumir, lo parodiaron como un avestruz con la cabeza enterrada en la vereda de un Banco para significar que no los recibía ni se pronunciaba sobre el tema. Sin embargo, el cambio en el contexto político de alguna manera ahuyentó a algunos participantes activos.

Para marzo del año 2004 prácticamente se había efectivizado el pago del 95% de los amparos y se habían concedido judicialmente la totalidad de los casi 90 mil recursos solicitados. Ante el horizonte de un cumplimiento total del cobro de los amparos el grupo decide disolverse “triumfalmente” al haber alcanzado el objetivo. El acto que acompañó a la última marcha N° 172 se realizó frente a la Cámara Federal e incluyó la presencia del intendente D. Katz, de Nito Artaza y de varios dirigentes políticos, sociales y sindicales locales, entre los que estaban el Secretario General del gremio bancario. Simbólicamente “quemaron” las “armas de guerra” como le decían a las pancartas, cacerolas, chapas, disfraces, etcétera.

El enmarcamiento del corralito y del escrache: el punto de vista del actor¹⁸

La visión del “corralito” como ciudadano y no como ahorrista

¹⁸ Agradezco en este tópico las contribuciones del licenciado Diego Maman en el análisis del discurso de los miembros del movimiento (Maman y Gomez, 2008).

¹⁹ Los escraches eran vividos como un intento de “perforar” esta inexpugnabilidad que se metafóricamente se metaforizaba en los chaponos en las vidrieras de los bancos. El escrache era un acto justiciero que apuntaba a contrarrestar esa impunidad percibida. Es en este punto que hay una continuidad de sentido con la experiencia de la agrupación HIJOS.

Es interesante constatar en los testimonios de los ahorristas tanto participantes como no participantes, que casi todos enmarcan el problema de la confiscación de sus ahorros en un problema “histórico” de la Argentina: “la impunidad” de los poderosos (banqueros y políticos) por un lado y el “desamparo” de “los que trabajan y creen en el país” por el otro. El corralito es el detonante de una percepción de la exterioridad inexpugnable del poder económico¹⁹ frente a “los ciudadanos de a pie”. La idea de que los poderosos no cayeron en el corralito es generalizada: “A ellos los bancos les avisaron y se llevaron la plata afuera”, era una creencia unánime.

Los testimonios femeninos no vacilan en utilizar la palabra “violación”: “Que te hagan esto y que después ni te quieran atender... te sentís violada”, dice la esposa de Pablo. “Que sea el Estado el que

permita semejante cosa... te hace sentir violada por tu propio padre”, dramatiza Marta. “Ver que el Estado es el primer ladrón te indigna”, dice Guillermo. En este sentido se puede entender por qué la leyenda de la bandera que identificaba al movimiento era “Ciudadanos Estafados de Mar del Plata” y no “ahorristas”, poniendo en primer plano un lugar de enunciación como sujetos integrantes de una comunidad política y no como un grupo de interés o reivindicaciones económicas sectoriales. La persistente satirización de situaciones políticas y sobre todo el intento de incidir en la opinión pública marplatense –para que “no voten a los políticos de siempre”, “voten con memoria”, eran algunas de las consignas– en los días previos a las elecciones de marzo del 2003 muestran esta veta “ciudadana”. En el mismo sentido iban las frecuentes colectas y actividades solidarias conjuntas con comedores barriales, hospitales, escuelas, los inundados de Santa Fe y hasta grupos piqueteros con los que compartieron también algunas marchas, a pesar de que las opiniones respecto de los movimientos piqueteros estaban lejos de ser unánimes y varios de los entrevistados vuelcan opiniones negativas sobre los grupos de desocupados que luchaban por planes sociales en ese momento: “son vagos”, “manipulados políticamente”, “activistas”, o simplemente “son otra cosa”.

Autopercepción del grupo

Aunque se tenía prohibido hablar de “montos” depositados, la mayoría de los entrevistados tenía una percepción de la diversidad social presente en la composición del grupo que incluía “grandes ahorristas” o incluso “especuladores de la patria financiera”. Pero también era general la percepción que la gran mayoría de participantes eran de bajos recursos o trabajadores jubilados a los que “desposeyeron de los ahorros de toda su vida”. El rasgo más saliente eran las edades avanzadas que abrían interrogantes acerca de la factibilidad de iniciar una lucha, y por otro la existencia de gran disponibilidad y dedicación de tiempo y esfuerzo que mostraban “los abuelos”. “Claro, los empleados o profesionales atrapados en el corralito no podían estar mucho tiempo pendientes de esto, tenían que laburar. Pero los viejos tenían más tiempo y estaban mucho más envenenados... Para muchos esa plata eran no solamente los ahorros de su vida sino también una forma de solventar gastos de salud, completar las magras jubilaciones...”, decía Pedro. Otro factor nítidamente percibido era la falta de experiencia previa. El nivel de participación política de los miembros era casi nula: “Nunca... alguna que otra vez fui a una marcha, pero en general no participaba en nada...”; “Jamás me hubiese imaginado que podía hablar en

público”, “yo cuando estudiaba, participé de alguna marcha pero nada mas”; “No solo no había participado en nada nunca, sino que nunca me imaginé que iba a salir a la calle, me iba a disfrazar, tirar basura...”, fueron testimonios recogidos una y otra vez. Es muy interesante el testimonio de Alicia, de mediana edad, que en las primeras reuniones “rechazaba la idea de salir a protestar, me parecía que no era el camino, siempre lo había criticado... Hasta que la primera vez que fui a repartir volantes con la convocatoria a una reunión de ahorristas en la puerta del banco, y salió alguien del banco y me increpó para que me fuera... finalmente le dijo al policía que me sacara... me indigné tanto... empecé a los gritos... alguien llamó a mi marido que vino a buscarme... A partir de ese día estaba dispuesta a todo”. La misma dinámica de la lucha cambia las predisposiciones y las expectativas. Quizás hasta pueda decirse que la fuerza movilizadora de la “indignación” es mayor entre los que carecen de experiencias previas. Otro aspecto movilizador para aquellos adultos más jóvenes (que en general eran los líderes o voceros del movimiento) era justamente la voluntad demostrada por los viejos: “Yo veía a esas abuelas y decía cómo no voy a ir yo también... me avergonzaba de pensar de quedarme en mi casa mientras los viejitos iban a las marchas”, decía Juan Carlos.

La decisión de organizarse y salir a las calles, aceptando el desafío de la exposición pública y el compromiso de la participación es un proceso que lleva a los sujetos a confrontar consigo mismos: “Al principio uno es uno y su problema”; “En un primer momento... la soledad nos paralizó”; “Mucha gente, incluso familiares... te decían ¡jodete!, aguantate, ¿cómo no te diste cuenta?...”; “Acá nadie quiere pasar por boludo... entonces mucha gente que en su momento no decía nada después resulta que también estaba atrapada en el corralito y presentaba su amparo aunque siempre nos había criticado”, son varias de las expresiones recogidas en las entrevistas. La autoimputación de la responsabilidad por lo ocurrido (“ser crédulo”, “boludo”) como primera reacción, y el sentimiento fatalista de “ser uno contra el mundo” solamente se disipan con la acción mancomunada y el compartir colectivamente el problema.²⁰

La vivencia de la lucha callejera

²⁰ Vale recordar el “error inicial de atribución” estudiado por Ross (véase McAdam, 1999) y también el “Estatus naciente” (Alberoni, 1991), como una exploración de las fronteras posibles dentro de un contexto histórico.

La liberación cognitiva, el paso de la indignación impotente y solitaria a la esperanza de una lucha compartida, culmina en la vivencia de la práctica callejera del escrache. El sentido de “alteridad”, de ser otro, aparece testimoniado varias veces: “En las marchas me sentía ‘desdoblada’... que podía hacer lo que cotidianamente no hago”; “Vos no sabés lo que era el tano cuando empezó... no

se animaba ni a hablar en las reuniones...”; “Mucha gente te decía: ¡esto me arruinó... pero me cambió la vida!”; “F... que era un viudo ‘amargado’, un tipo grande... hasta consiguió novia”; “Ayudaba mucho el clima entre nosotros, el sentido del humor que es necesario para no derrumbarse... Cualquiera traía las ideas más disparatadas, la tomábamos y le íbamos dando forma con los aportes de todos”. La desinhibición, el desahogo de la agresividad contenida, y experimentar la solidaridad grupal y el apoyo de la ciudad, son vistos como verdaderos transfiguradores de la personalidad.

La creatividad de los escraches puede comprenderse en el marco de un dispositivo colectivo donde se permite que la indignación vague libre e incontenible hasta romper con la lógica de los repertorios conocidos. El nomadismo (Deleuze y Guattari, 1992) de la asociación libre de ideas para perpetrar y planificar los escraches rompe con el sedentarismo inercial y permite que los que se sintieron ahogados en la intolerancia de la impunidad, comiencen a respirar dejándose asaltar impunemente por la intolerancia hacia lo establecido.

Los participantes, expuestos a los fogonazos de las cámaras fotográficas y las pantallas de televisión, sintieron un grado de exposición pública no imaginada y en muchos casos ni siquiera deseadas, pero que les permitió encontrar fuentes alternativas de autoestima y confianza: “La gente me reconocía en un colectivo, en un boliche, y me saludaba y me daba ánimos”; “Hasta había familiares de mi provincia que nunca me llamaban y me vieron en Crónica TV y me llamaban...”. La representación de que la lucha había sido “histórica” también aparece en algunos testimonios no solo aludiendo al hecho de que “en Mar del Plata nunca se había visto nada igual”, sino a la cuestión de que “lo que hicimos es un ejemplo para todos, especialmente para los más jóvenes... hay que perder el miedo a juntarse y luchar por lo que es justo”; “Al menos que mis nietos digan ¡esta vieja luchó por algo!”, decía Delia con sus siete décadas.

Conclusiones

Como vimos, en el caso del MAEMP, la protesta fue convirtiéndose en una pulseada estratégica compleja, dilatada en el tiempo, con golpes y contragolpes entre movilizados, bancos, bancarios, policía, justicia, política, medios de comunicación y hasta turistas, etc. Muchos de estos mismos protagonistas entrevistados espontáneamente caracterizan lo ocurrido con la palabra “guerra” (Pedro, Juan Carlos, el mismo juez López mencionan esta palabra para contar lo vivido). Hay varios rasgos que aproximan este proceso de lucha a una situación bélica o de “combate abierto”: a) los ahorristas se

plantean un objetivo irreductible no negociable y no conmutable ni compensable: la devolución íntegra de los depósitos en la moneda de origen y consideran la confiscación “un robo” inadmisibles que excluye cualquier clase de “reconocimiento” o “legitimidad” a la medida; b) para lograrlo en determinado momento definen que se trata de una pulseada de fuerzas –y no de razones–, es decir se plantean medios coactivos como medio válido para alcanzar el objetivo;²¹ c) muestran estar dispuestos a sobrellevar todos los obstáculos e impedimentos que se les oponen (voluntad de luchar); y d) utilizan la astucia o el razonamiento estratégico para canalizar el uso de la fuerza coactiva para imponer su voluntad.²² El hecho de que se hayan verificado fallecimientos entre los movilizados y gente que se enfermó gravemente muestra que el elemento de “arriesgar” la vida en la lucha propio de la guerra no estuvo tampoco ausente, al menos de manera indirecta, simbólica o metafórica.

La misma terminación del conflicto anunciada mediante un concurrido acto público reviste la forma típica de rito de armisticio, de paz y de superación de los agravios.

En este sentido “guerrero” y estratégico, la utilización de repertorios tipificados como el escrache no tienen solo propósitos “expresivos” (“si no hay justicia, hay escrache” decían los introductores de esta modalidad en la Argentina, la agrupación HIJOS) sino “instrumentales”, es decir, forzar a los bancos, al poder judicial y político a devolver los depósitos incautados, haciendo insostenible el “no pago”.

Para los ahorristas, el recurso a la acción colectiva beligerante aparece como estrategia frente a una situación de “desamparo”, de “desprotección” o indefensión ante las fuerzas operantes en los campos de la política-Estado, y del dinero-Bancos. En este sentido podría decirse que en la visión de los protagonistas se trató de una “guerra de legítima defensa”. El poder inexpugnable de la “movilidad” evasiva y misteriosa del dinero (Lewkowicz, 2002) ejercido por los bancos a través de su “fuga”, era enfrentado mediante el escrache entendido como asedio o bloqueo “inmovilizador” del banco: nadie ni nada podía entrar y salir. El recurso a la visibilidad mediática favorecía también la radicalización de los repertorios en una estrategia de penetración en las agendas de los medios visuales de comunicación de masas, asociando el reclamo por los ahorros con otros temas instalados en la agenda pública y mediática (desde la guerra de Irak hasta las elecciones del 2003). Aunque las expectativas de trasvasamiento hacia la política electoral de la mano de Nito Artaza quedaron enojosamente frustradas cuando el actor cómico decidió presentarse con el radicalismo, según algunos de los testimonios recogidos el saldo político percibido no es menor en tanto exitosa exhibición de capacidad de acción beligerante: “Los

²¹ Aludimos aquí a la lógica típica de la guerra, según lo plantea magníficamente Foucault (2000), si la lucha comienza por el intento de imponer una verdad invocando la razón del “derecho” y la “justicia” es decir buscando la aceptación de la legitimidad en un marco común de creencias y procedimientos compartidos, en el transcurso de la guerra desaparece la ilusión en un marco compartido y es la lucha misma la que se va convirtiendo en la fuente del derecho y la justicia: la voluntad de perseverar en la lucha, la persistencia, la masividad de los apoyos, las vacilaciones de los adversarios, sus divisiones, el coraje de las fuerzas propias y las miserias y genuflexiones de las del enemigo, etc. son la muestra de la “verdad”, y se convierten en la fuente sustantiva de la legitimación.

²² Es la definición más clásica de guerra: dialéctica de voluntades que utilizan la fuerza para imponerse (Bobbio, 1992).

políticos y banqueros la próxima vez lo van a tener que pensar dos veces...”, decía Juan Carlos; y “nosotros demostramos que con lucha y organización se puede resistir y hasta se puede triunfar... acá en Mar del Plata se devolvió hasta el último dólar”, decía Pedro.

Bibliografía general

- Alberoni, F. (1991), *Gênese*, Río de Janeiro, Ed. Rocco.
- Battistini, O. (coord.) (2002), *La atmosfera incandescente. Escritos políticos sobre la argentina movilizada*, Buenos Aires, Ed. Trabajo y Sociedad.
- Bobbio, N. (1992), *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Buenos Aires, Ed. Gedisa.
- Cafassi, E. (2002), *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas sobre el fuego argentino*, Buenos Aires, Libros del Rojas, UBA.
- Cafiero, M. (2002), *La Argentina robada. El corralito, los bancos y el vaciamiento del sistema financiero argentino*, Buenos Aires, Ed. Macchi.
- Craig Jenkins, J. (1994), “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”, *Zona Abierta*, N° 69, Madrid, pp. 5-41.
- Deleuze, G. y F. Guattari (1992), *Mil mesetas*, España, Ed. Pretextos.
- Di Marco, G. y H. Palomino (comp.) (2004), *Reflexiones sobre los Movimientos Sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. JB y UNSAM.
- Elster, J. (1993), “Acción colectiva”, *Tuercas y Tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa, p. 125-134.
- Foucault, M. (2000), *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE.
- Gomez, M. (2002), “Crisis del capitalismo, formas de conciencia y resurgir de la acción colectiva”, *Theomai*, número especial, invierno.
- (2003), “Social movements and collective action in Latin America: some questions on the potential political transformer of the masses’ interventions”, *Theomai*, N° 7, primer semestre.
- (2006), “Crisis y recomposición de la respuesta política estatal ante la acción colectiva desafiante en la Argentina 1989-2004”, *Revista Argentina de Sociología*, N° 6, junio, Buenos Aires.
- y D. Maman (2008), “La lógica de los escraches del Movimiento de Ahorristas marplatense: el poder disruptivo de la imaginación”, *Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*, Mar del Plata, 26 al 28 de septiembre de 2008, CD-rom.
- Lewkowicz, I. (2002), *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestatal*, Buenos Aires, Paidós.
- Lichbach, M. (1997), “Nuevas reflexiones sobre racionalidad y rebelión”, *Zona Abierta*, N° 80/81, Madrid, 1997.
- McAdam, D., J. McCarthy y M. Zald (eds.) (1999), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, ISTMO.
- Naishtat, F. (2005), “Ética pública de la protesta colectiva”, en Schuster, Federico et al., *Tomar la palabra*, Buenos Aires, Ed. Prometeo.
- Negri, A. y G. Cocco (2006), *GlobAL. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada*, Buenos Aires, Ed. Paidós.

- Neveau, E. (2002), "Militancia y construcción identitaria", *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Ed. Hacer.
- Schilman, F. (2004), "Convivir con el Capital financiero: corralito y Movimiento de ahorristas (Argentina 2001-2004)", tesis de Doctorado, Universidad Rovira I Virgili.
- Smulovitz, C. (2003), "Protest by other means. Legal mobilization in the Argentinian crisis", *Conferencia Estrategias de accountability social en A. Latina. Acciones legales, medios de comunicación y movilización*, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella.
- Svampa, M. (2006), "¿Réquiem para el ahorrista argentino?", en G. Massuh, *La normalidad*, Buenos Aires, Instituto Goethe, Interzona editora.
- Tarrow, S. (1997), *Poder en movimiento*, Madrid, Alianza.
- Tilly, Ch. (1978), *From mobilisation to revolution*, McGraw-Hill.
- Zenobi, D. (2006), "Ahorristas de vacaciones: de Villa Gesell al HSBC. Moraldades, familia y nación", *Seminario Desarrollos de la investigación histórica y etnográfica sobre las clases medias en la Argentina*, Buenos Aires, Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Zibechi, R. (2003), *Genealogía de la revuelta*, La Plata, Ed. Nordan y Ed. Letra Libre.

(Evaluado el 23 de junio de 2009.)

Autor

Marcelo Gomez. Licenciado en Sociología UBA, y master en Ciencias Sociales FLACSO. Profesor titular de la UNQ y profesor Adjunto en la Carrera de Sociología de la UBA. Investigador (programas PICT y PICTO en la UNQ) en temas de sociología de la acción colectiva y los movimientos sociales.

Sus últimos trabajos publicados son:

"Crisis y recomposición de la respuesta política estatal ante la acción colectiva desafiante en la Argentina 1989-2004", *Revista Argentina de Sociología*, N° 6, 2006.

"Entre la crisis del neoliberalismo y la movilización colectiva: nuevas preguntas acerca de la Democracia y el Estado en América Latina", *Encuentros Latinoamericanos. Revista de Estudios Interdisciplinarios*, N° 5, 2008, Universidad de la República, Montevideo,

Los movimientos sociales dicen. Conversaciones con dirigentes piqueteros, Buenos Aires, 2009.

Cómo citar este artículo:

Gomez, M., "Variaciones sobre dos inventos argentinos: escrache y corralito. El caso de la estrategia de guerra a los bancos del Movimiento de Ahorristas Estafados de Mar del Plata", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, N° 16, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2009, pp. 125-146.